

UCLA

Mester

Title

Felipe Barbudo Calvo

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/2d96493b>

Journal

Mester, 6(2)

Authors

Montoliu, Enric
Miguel, Jaume

Publication Date

1977

DOI

10.5070/M362013586

Copyright Information

Copyright 1977 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

FELIPE BARBUDO CALVO, COORDINADOR AD HOC DE LA CRUZADA HISPANO-LUSITANA CONTRA LA LEYENDA NEGRA Y SECRETARIO GENERAL TECNICO DEL CONSEJO GENERAL DE INVESTIGACIONES PARA LA PRESERVACIÓN DEL PATRIMONIO HISTORICO DE LA MADRE PATRIA*

Por Enric Montoliu y Jaume Miquel

A las ocho de la tarde, Gumersindo llegó a la farmacia. Eloísa estaba atendiendo a un cliente e ignoró la presencia de su novio. Alfredo y Felipe estaban en la rebotica jugando una partida de ajedrez. Al verlo entrar, los dos amigos se levantaron y lo saludaron efusivamente. Gumersindo se dio cuenta de que Felipe había engordado, llevaba unas nuevas gafas ahumadas y su calva había hecho progresos. A pesar de que no tendría más de treinta años, no podía disimular su facha decididamente episcopal. Alfredo parecía estar de muy buen humor y, como siempre que jugaba al ajedrez contra Felipe, tenía una expresión llena de sarcasmo.

—Seguid la partida—dijo el recién llegado mientras tomaba asiento entre los dos contrincantes.

—Bueno, Gume, en tu honor daré jaque mate a Felipe. Hace ya un cuarto de hora que podía haberlo liquidado, pero he esperado que llegases tú para que presenciaras su ignominiosa derrota.

Movió la reina, la colocó frente al rey enemigo y anunció:

—Jaque mate.

—Te reto para jugar otra partida el domingo después del fútbol— dijo Felipe despechado. —Hoy no puedo concentrarme bien. Hemos tenido mucho trabajo en la oficina.

—¿Qué trabajo estáis haciendo ahora? ¿El novísimo plan para la recuperación de los archivos virreinales?

—No. Ahora estamos investigando lo de Erik el Rojo.

—¿Erik el Rojo!— exclamó Alfredo —¿Pero todavía dura eso? Si a estas alturas ya nadie se acuerda de ese tipo y todo el mundo vuelve a creer a pie juntillas que Colón descubrió América.

—Es que hace poco— explicó Felipe —localizamos unos documentos que desmienten toda la farsa esa que se inventaron esos tíos de Yale hace cinco años. Ahora resulta que los muy cucos falsificaron un mapa.

—¿Y quién es Erik el Rojo?— preguntó Gumersindo.

—Es un tío que descubrió América antes que Colón, pero según Felipe, no se le puede considerar descubridor.

—¿Pues claro que no!— se apresuró a decir Felipe. En primer lugar, es una mentira infame y, segundo, aunque fuera verdad, ese Erik el Rojo debió llegar allí arrastrado por una tempestad, como los fenicios, pero en seguida recogió bártulos y se volvió a casa. ¡Eso ni es descubrir, ni es serio, ni es nada! Nos quieren quitar la gloria del descubrimiento como intentaron falsificar la historia de la conquista.

—Pero si nadie ha negado todavía que Hernán Cortés, Pizarro, Valdivia y compañía conquistaran el Nuevo Mundo.—

—Pero se niegan a reconocer el mérito de nuestros conquistadores y en algunos libros extranjeros hasta han escrito cosas como “el aciago día en que los españoles conquistaron México”, cuando en realidad, España llevó al Nuevo Mundo la verdadera religión, una cultura y una lengua.

—¿Pero es que aquella gente no sabía hablar antes de la llegada de los españoles?— preguntó Alfredo con sorna. —¿Hablaban por señas?

—Hablaban una lengua arcaica, adoraban al Sol y no conocían ni la rueda ni el caballo. Nosotros fuimos allí a llevarles los beneficios de la civilización.

—A cambio de un poquillo de oro, ¿verdad?

*Corresponde este relato al Capítulo XII de la novela titulada *Gumersindo, Virgen y Mártir de la Oposición en la Era del Franquismo*, de Enric Montoliu y Jaume Miquel, próxima a publicarse en España después de cuatro largos años de espera a causa de la censura franquista, la cual, a estas fechas, aún no ha sido totalmente abolida. Los personajes que aparecen en este capítulo son: Gumersindo Díaz de la Orden, protagonista de la novela, que lleva once años preparando—y suspendiendo—sus oposiciones a Registros Y Notarías; Eloísa Romero, novia de Gumersindo, que tiene una farmacia en las afueras de Madrid y lleva siete años esperando que Gumersindo gane las oposiciones para poder casarse con ella; Alfredo Romero, hermano de Eloísa, que trabaja de médico en la Seguridad Social; y Felipe Barbudo Calvo, que representa al típico burócrata del nepotismo “ilustrado” de la España franquista.

—Mucho de ese oro, que tanto nos acusan habernos llevado de América, nos lo robaron luego los ingleses en alta mar.

—¡Vaya negocio, entonces!

—Nuestra obra civilizadora en el Nuevo Mundo fue un modelo de altruismo. Fundimos nuestra sangre generosa con la de los indios.

—¡Con la de las indias, dirás!— corrigió Alfredo —que yo no sé de ninguna española que se acostara con un indio. ¿Y qué hacían los indios mientras los españoles fundían su sangre generosa con las indias? ¿Es que eran impotentes, que tuvieron que fichar sementales de importación para satisfacer a sus mujeres?

—Nosotros no fuimos racistas, como los anglosajones. Nosotros fuimos allí a crear una nueva raza, que se llama la raza hispánica.

—A mí, me dijo un mejicano que ellos la llaman la raza cósmica. ¿Y dices tú que esa raza la hicimos nosotros? ¿Quiénes?: ¿tú, yo, Gumersindo y ellos?

—Nosotros, los españoles— aclaró Felipe —¡No seas memo!

—Si nuestra Real Academia no mente, *nosotros* es el plural de yo y yo no descubrí América, ni la conquisté, ni me traje oro a España, ni maté protestantes en Flandes, ni quemé judíos, ni puse los cuernos a ningún indio. Ahora bien, al renunciar participación en todo eso, también reconozco que no pinté las Meninas, ni escribí el Quijote, ni di la primera vuelta al mundo.

—Pero tú eres español, como lo fueron los descubridores, los conquistadores y los misioneros— arguyó Felipe —aunque te pese.

—Yo soy un pobre médico del Seguro Obligatorio de Enfermedad, que por casualidad nació en España como podía haber nacido en Vietnam del Sur o en la Isla de Pascua. Y para postres, ni siquiera naqué en aquella "gloriosa época".

—Contigo no se puede hablar— se indignó Felipe —¿No te enseñaron a ti, en el colegio, que la patria es una unidad de destino histórico?

¡Hombre, que si me lo enseñaron!, me lo metieron a machamartillo unos gachós que todos los martes venían en camisa azul y pantalón corto a darnos clase de Formación Política.

—Pues esto, cabezota, quiere decir que no puedes disociarte de nuestros antepasados. Somos una unidad, ¡somos los mismos!

—¡No te jode!— exclamó Alfredo sonriente —Yo me disocio no sólo de los españoles muertos sino también de los vivos, especialmente en lo que se refiere al destino. Tu destino, Felipe, es luchar contra la Leyenda Negra, casarte algún día con la hija del Presidente del Consejo y morirte completamente calvo. El mío, en cambio, es curar productores, hacerte decir barbaridades y morirte satisfecho de haber vivido. El único punto de contacto entre tu destino y el mío son nuestras partidas de ajedrez, y aún en esto, el desenlace es bien distinto para cada uno: tú las pierdes y yo las gano. ¿Dónde ves tú esa unidad de destino? Hombre, ¿cómo puedes tú creerte todas estas cosas?

—Estas cosas no se trata de creerlas, amigo Alfredo, sino de sentir las honrada y profundamente.

—Tú lo has dicho— confirmó Alfredo. Se trata de sentir las honradamente. ¿Cómo quieres que yo sienta cosas como que el Imperio volverá a España por los caminos del mar? Y hablando del mar, ¿dónde están esas gambas? Anda, Felipe, llama al bar y pide que nos traigan cuatro raciones y unas cervezas, que hoy te toca invitar a ti, si no, inventaremos la leyenda negra de que eres un rácano.

Gumersindo, quien tampoco sentía muy profundamente la unidad de destino histórico, tuvo la satisfacción de ver levantarse a Felipe, marcar un número de teléfono y encargar los aperitivos con la misma cara que otrora debió poner Guzmán, el Bueno, cuando, desde lo alto de la muralla, arrojó el puñal con el que luego matarían a su hijo. Decididamente, Felipe Barbudo Calvo no era santo de su devoción. No le reprochaba que fuera a casarse con la hija de su jefe, el Presidente del Consejo, pues de alguna manera el chico tenía que abrirse camino. Gracias a la influencia de su futuro suegro, disfrutaba de un buen cargo y se evitaba el tener que aprenderse de memoria los cuatrocientos temas de unas oposiciones. Lo que más le molestaba a Gumersindo era el fervor con que Felipe hablaba de la mujer española: "esa joya inmaculada que se levanta sobre el fango de la degeneración universal de nuestros tiempos". Así hablaba él, como un libro confuso y farragoso, escrito por algún dómine de pueblo. Y cuando decía que "la hembra celtibérica es garrida y sólida como las murallas de Avila y la Numancia de Viriato" su mirada se quedaba prendida de Eloísa. No, no le cabía la menor duda a Gumersindo que Eloísa era la Dulcinea de aquel Don Quijote cuyos molinos de viento eran Erik el Rojo, Martín Lutero, Francis Drake y François Voltaire.

Llegó el chico del bar con las cervezas y las tapas. Felipe le pagó con expresión acongojada; Eloísa fue a la cocina y trajo vasos, palillos y servilletas de papel; Gumersindo se levantó, ofreció una silla a su novia y ella, después de vacilar un momento, se sentó al lado de él; y Alfredo, levantando su vaso de cerveza, ofreció un brindis:

—Por la paz entre las naciones; por la amistad entre Felipe y yo y por el amor de Eloísa y Gumersindo.

Levantaron los demás sus respectivos vasos y bebieron en silencio. Eloísa, con el vaso aún en la mano, le preguntó a Felipe:

—¿Qué opinan nuestros hermanos de raza de la guerra de Vietnam?

—Están en contra— respondió él, satisfecho por la pregunta —, tienen un odio feroz contra todo lo norteamericano. En Hispanoamérica. . . .

—¿Hispanoamérica?, ¿qué es eso?— interrumpióle burlonamente Alfredo —¿Te refieres a las antiguas colonias de España en América? Yo, en los periódicos de allí, nunca, he leído Hispanoamérica, sino Latinoamérica y me imagino que ellos deben saber donde viven.

—Hombre, tú, a veces, con tal de llevar la contraria, metes la pata hasta la ingle— dijo Felipe. Si aquello es Latinoamérica, deberían hablar latín, ¿no?

—En esto tienes razón— tuvo que admitir Gumersindo.

Felipe sintió la rarísima satisfacción de haber tocado al enemigo en su esgrima verbal. Lo que más le gustó fue la mirada de hinchada complacida que le echó Eloísa y su subsecuente comentario:

—Con esto, chico, Felipe te acaba de dar jaque mate.

—Bueno, ¿entonces qué hablan allí?— contraatacó Alfredo —Anda, tú lo sabrás bien que acabas de darte un paseo, a cuenta de *nosotros*, los españoles, por Latinoamérica, Hispanoamérica, o como se llame.

—Hablan español, mal hablado, pero español al fin y al cabo.

—¡Vaya!, entonces, después de tanta conquista y tanta civilización, no les enseñamos bien nuestra lengua. ¡Pues sí que salió cara la bromita! Según parece, habría salido más económico enseñarles por correspondencia.

—O creando el Cuerpo de la Paz— intervino Gumersindo en apoyo de su cuñado —como hacen ahora los americanos, los del Norte, quiero decir.

Alfred rio discretamente la gracia de su aliado. Eloísa, por el contrario, salió a defender a Felipe:

—No les hagas caso a estos dos. Son unos amargados y por eso hablan así. Les da rabia verte tan bien situado, con tan buenas relaciones, moviéndote de un lado para otro con pasaporte diplomático, viajes pagados y toda la pesca. Anda, para que se chinchén, cuéntanos ya tu viaje por América.

—Fue una experiencia muy interesante— empezó diciendo Felipe —, pues pude darme cuenta de lo inspirada que fue la idea del Ministro al organizar, con su colega portugués, y bajo la dirección del Consejo General de. . . .

—¡Para!— exclamó Alfredo —que si dices el nombre entero del Consejo y el de tu extraño cargo te vas a quedar sin aliento y no tendrás fuerzas para contarnos el viaje.

—Bueno, me refiero a la Cruzada contra la Leyenda Negra— prosiguió Felipe —. Me di cuenta de lo importante que es ahora la colaboración hispanolusitana, en esta empresa, porque allí, en Iberoamérica, y digo ahora Iberoamérica porque incluyo el Brasil también. . . .

—Ahórrate esos nombres tan largos y así no tendrás que explicarnos lo que significan. . . .

—¡Alfredo!, no seas plomo— gritó Eloísa —déjale hablar ya de una vez.

—Pues como decía— siguió explicando Felipe —fue una buena idea porque aquella pobre gente vive en la ignorancia más lamentable que os podéis imaginar. Están envenenados por lo que les enseñan en las escuelas. En Méjico, por ejemplo, los policías de la frontera me dijeron que había dos clases de españoles: los malos y los peores; que a los malos los dejaban entrar en el país si daban "mordida", pero que a los peores ni así.

—¿Qué es eso de mordida?— preguntó Gumersindo.

—Es lo mismo que la propineja que les das tú a los tíos de las ventanillas de los ministerios cuando vas a presentar una instancia— explicó Alfredo, que parecía bien enterado del vocabulario azteca —.¿No es eso, Felipe?

—Es un atraco a mano armada, según pude observar mientras hablaba con los policías. A todos los turistas les sacaban dinero, a base de mordida.

—Bueno, ¿Y a ti te dejaron entrar en Méjico?

—No me digné hacerlo. Mi orgullo de caballero español no me lo permitió. Pero antes de darme la media vuelta, le dije al policía: “Pues aunque le fastidie, ¡España es su madre!”.

—¿Y qué contestó él?

—Nada, hubo un pequeño incidente.

—¿Qué pasó?

—¡Bah! ¿para qué contarlo?

—¿Te insultaron?— insistió preguntando Alfredo.

—No, me atizaron una torta.

—¿Y qué hiciste? ¿devolvérsela?

—No. El tío llevaba un pistolón al cinto. Me fui a reclamar al jefe.

—¿Y no te mandó a tomar viento fresco?

—¡Qué va, ojalá lo hubiera hecho! Me dijo que me estaba bien merecido y que, ¿qué podía esperar si andaba por ahí mentándole la madre a la gente?

—¿Y eso qué tiene de malo?— preguntó Gumersindo.

—Tiene de malo— explicó Alfredo —el mero hecho de gritar “¡su madre!”. Allí tienes que decir “su mamá”, si no se lo toman como un insulto.

—Cuando llegué a Ecuador— prosiguió Felipe —me dejaron entrar, pero mejor habría sido que no lo hubieran hecho. Di unas conferencias, y, antes de empezar a hablar, tuve que aguantar, cada vez, su nefasto himno nacional.

—¿Nefasto?, ¿por qué?, ¿no te pareció muy hispánico?

—Es antiespañol. Cantaban no sé qué de romper las cadenas y expulsar al tirano español. ¡Si hubierais visto la cara con que me miraban cuando cantaban! Yo creo que iban allí sólo para verme pasar un mal rato, pues después algunos se marchaban y otros se dormían cuando yo hablaba.

—¡Qué mal educados!— exclamó Eloísa.

—En Cuba, ni siquiera se dignaron llamarme español. Me llamaban “el gallego” y me preguntaron que cuándo íbamos a conseguir la independencia. Dijeron que allí sabían muy bien lo triste que es tener una condición colonial y ofrecieron ayuda en caso de que decidamos organizar una lucha de guerrillas para expulsar a los americanos de nuestro país.

—¿Hablaste con Fidel Castro?

—No, porque me fui antes del día que tenía yo la audiencia con los miembros del gobierno.

—¿Y a dónde fuiste entonces?

—Fui al Perú. En Lima, el taxista que me llevó al hotel me preguntó que si era “gringo”, norteamericano, pues me notaba que hablaba español con acento extranjero. ¡Fíjate, Eloísa, decirme eso a mí, que soy nacido en Valladolid! Luego, me llevaron a ver varios museos. En uno de ellos había cuadros de suplicios y fusilamientos. Después de escuchar un rato a mis acompañantes les dije: “No hace falta que me expliquen más: ya sé que los criminales son los españoles”. Me contestaron: “No todos, en algunos cuadros los malos son los chilenos”. Para colmo, me llevaron luego a visitar el museo de cerámica incaica. ¡Qué vergüenza, Eloísa! Parece mentira que conserven aquellas porquerías y las enseñen delante de señoras, ¡y venían unas cuantas con nosotros! Son unos botijos que debieron tener escondidos durante los años de la Inquisición, pues todos los pitorros tienen forma de . . . de . . .

—¡De pene!, Felipe, ¡de pene!— exclamó Alfredo —Con lo cual, el que no sabe beber al gallo, tiene que chupar el caño y hacer fellatio.

—En Argentina, fue aún más humillante. Todos los profesores de la universidad que me presentaron eran de origen italiano.

—Por lo menos, el Brasil te gustaría— terció Gumersindo —Allí no pueden decir nada contra España. En todo caso, contra Portugal.

—¡Bah!, aquello era un escándalo de marca mayor: Unas parejas abrazándose bajo los portales y otras revolcándose en la playa. Te encontrabas prostitutas y rufianes hasta en la sopa . . . ¡Dios mío, qué degeneración! El mozo del ascensor de mi hotel, me dio un papelito con el número del teléfono y el precio de una “rapariga”. ¡quince mil cruzeiros! Además, para colmo, allí no entendía ni papa. Claro, hablan portugués.

—¡Vaya!— dijo Alfredo —Entonces Portugal les enseñó bien la lengua, pero falló en lo de la religión verdadera . . .

—Al llegar a Chile, respiré. Por primera vez en todo el viaje, vi en varios hoteles unos murales que representan a los conquistadores españoles y también los tienen en los billetes de banco. Pero la

alegría no fue completa. Conocí a un científico muy entendido en arte que me invitó a su casa y me enseñó una vitrina llena de cacharritos pornográficos como los del museo de Lima. Hablamos de literatura y arte coloniales muy amistosamente, pero luego, cuando comentamos algunos aspectos de la conquista, mencioné a Pizarro y se me indignó. Dijo que el conquistador español rompió un montón de objetos de cerámica incaica y que esto no se lo perdonaba. ¡Fue lo último que me faltaba oír! Ya me habían criticado a Pizarro por cruel, por traidor, por pérfido y por fratricida. ¡Pero vamos!, ¡por no ser entendido en cerámica! Eso ya no lo pude aguantar. Cogí el avión y me volví a España.

—No te lo tomes tan a la tremenda, Felipe— dijo Eloísa —Ya verás como pronto llegará el día en que todos los países del mundo reconocerán la gran contribución de los españoles al progreso de la Humanidad.

—Pero si ese día ya ha llegado, Eloísa— le respondió Alfredo —. Desde los años de la guerra, estamos contribuyendo al progreso del mundo exportando nuestros mejores cerebros y brazos más trabajadores. Mira cuántos obreros especializados, criadas, niñas, científicos, médicos, pintores, músicos, profesores y poetas españoles andan desperdigados por Europa, América y Oceanía. ¡Y entre ellos, hay hasta premios Nóbel!

—Pero todo esto— intervino Gumersindo —debe ser bueno para el país. Yo estudié que la exportación es siempre una gran fuente de ingresos para la economía nacional. Me imagino que tendrá sus compensaciones.

—Y las tiene— prosiguió Alfredo —. A cambio de los laboriosos brazos y superdotados cerebros que mandamos fuera, importamos soldados americanos, viejos chochos retirados, futbolistas, dictadores sudamericanos y especuladores internacionales. ¡Ah, y manadas de turistas!, que vienen a España en busca del sol y a ver la Alhambra, la Mezquita y la Giralda, todo lo cual ni siquiera lo hicimos nosotros. Cualquiera día pondremos un enorme cartelón en los Pirineos, desde Port Bou hasta Irún, que diga: "Casa Paco, se sirven comidas". El imperio al fin ha llegado por tierra, mar y aire, ¡y con billete kilométrico!

—Eso, eso es lo que más importamos, ¡turistas!— exclamó Gumersindo acordándose de Altea.

—¿Y sabéis quién es el enemigo público número uno de España?, ¿el que tiene la culpa de todos nuestros males?: el "felipismo", una doctrina que he bautizado en honor a tí, Felipe Barbudo Calvo, y a tu tocayo Felipe II, quien también era barbudo y calvo. El paisaje nacional se ha llenado de tipos como tú, señores de aspecto episcopal; que se os cae el pelo de los cabreos que cogéis cada vez que miráis a vuestro alrededor; que lleváis gafas ahumadas para no ver las cosas del color que son y que no os las quitáis ni para dormir. Vosotros, los "felipistas", sois los tipos que seguís mostrando el trasero a Europa, que estáis convencidos de que todos los españoles somos unos genios pero que no nos da la gana de ejercer y que os obstináis en atrasar el reloj de la historia hasta la época de Felipe II, pero sin Flandes, sin el Milanesado, sin las dos Sicilias, sin las Indias, sin Filipinas, ¡y ahora, sin la Guinea Ecuatorial! Ya puestos a retroceder en el tiempo, podíais haber ido hasta Abderramán III, que es la única época de nuestra historia, aparte de la romana, en que de verdad estuvimos civilizados. Por lo menos, Felipe II vivió en un *siglo de oro* y en su imperio tenía todo el sol que le daba la gana, pero tú, mi querido Felipe Barbudo Calvo, vives en el "Siglo del Oropel Franquista" y el poco sol que nos queda tenemos que vendérselo a los millones de turistas que nos visitan cada año.

—Creo, Felipe— dijo Gumersindo —, que Alfredo te acaba de dar otro jaque mate.

—Demagogia, pura demagogia— respondió Felipe tratando de disimular su tormento con una tenue sonrisa —. Ahora tengo que irme corriendo a escribir un artículo que he de publicar mañana, pero otro día, Alfredo, voy a contestarte punto por punto a tus calumniosas injurias.

Eloísa se había ido a la cocina a preparar la cena. Alfredo vio que todavía quedaba un poco de cerveza en su vaso; lo levantó ante los ojos de Felipe y dijo:

—Por nuestra indestructible y eterna amistad, Felipe.

